

ción heroica la del 5 de julio de 1830 ; pero esta conquista fué el legado de la monarquía legítima : su testamento debía de ser una victoria. En tanto que nuestros soldados se cubrían de gloria en lejanas tierras, el gobierno se preparaba á una terrible lucha. La carta de Luis XVIII no habia llevado sino amargos frutos : desórdenes en la administracion, espíritu de insurreccion en las masas , sistema organizado de insulto contra todo lo que era bueno, santo, respetable ; por do quiera anarquía. Era pues tiempo de romper los grillos que aprisionaban la monarquía [ en favor de la revolucion : se creyó era llegada la oportunidad]. El 25 de julio de 1830 aparecieron las famosas *Ordenanzas* que suspendian la libertad de la prensa, mudaban el método de eleccion y disolvian la antigua cámara. Si tales ordenanzas hubiesen aparecido en nuestros dias , despues de la experiencia de treinta años , añadida á las experiencias de nuestros antepasados , solo se les hubiera notado un defecto : el de no ser bastante absolutas. Porque cansados hoy de una libertad sin freno , estéril en sus resultados , arruinante en sus excesos , impopular á puro no hablar sino de las miserias del pueblo sin hacer nada para aliviarlas , experimentamos ahora una inmensa necesidad de autoridad. En 1830 se creía aun en aquel espejo engañoso de la libertad ; y las *Ordenanzas* hicieron una revolucion. Habia un hombre que estaba acechando , pronto á recoger los despojos de esta gran ruina, que quizas habia preparado , pero que de seguro se apresuró á aprovecharse de ella. De en medio de las barricadas se levantó un trono que no habia de ser mas sólido que ellas , y tomó el nombre de Luis Felipe I, rey de los Franceses.

37. El animoso arzobispo de París, Monseñor de Quelen, fué solicitado , en una entrevista con el nuevo monarca , á tomar la iniciativa del juramento en la cámara de los pares , porque su ejemplo determinaria á todo el clero á imitarlo. « Sería error » creerlo así, repuso el prelado. El gobierno que hubiera recibido mi juramento habria deshonrado á Monseñor de Quelen, » sin tener por ello la Iglesia de Francia. Solo el papa puede decidirla cuestión. Si autoriza el juramento y las preces por

» el actual jefe del Estado , el juramento será prestado y las » preces dichas : si lo prohíbe , yo seré el primero en obedecerle ; y esas preces públicas que he creído deber autorizar » provisionalmente, yo las revocaré, desde el momento mismo » en que me sea conocida su prohibicion. » Consultado Pio VIII, respondió otorgando lo que ya no era dable rehusar. La Santa Sede , segun el nuevo derecho público de Europa , ya no hace ni deshace los gobiernos ; sino que salva las almas y consolida la paz bajo todos los gobiernos. Quedó perpetuada en la historia la noble respuesta de monseñor de Quelen.

38. Terminaba Pio VIII su corto pontificado en medio de las borrascas que levantó la nueva revolucion francesa. Cargado de años y de achaques, murió el 30 de noviembre de 1830. Como príncipe temporal, se habia dedicado sobre todo á mejorar la suerte de las clases pobres ; disminuyó los impuestos y dió trabajo al pueblo. Como cabeza de la Iglesia universal, intervino , despues de la toma de Andrinópolis y de la paz concluida por los Rusos con la Puerta , en favor de los Armenios católicos echados de su patria, y logró en su favor la ereccion de un arzobispado armenio en el mismo Constantinopla, el alza de destierro á los confinados, el reconocimiento de sus derechos y restitucion de sus bienes. Instó mucho con don Pedro , emperador del Brasil, á abolir la esclavitud en sus Estados, lo que se verificó. La noticia de la emancipacion de la Irlanda, otorgada en el ministerio de Roberto Peel , en Inglaterra, en 12 de abril 1829, habia regocijado extraordinariamente el corazon de Pio VIII al principio de su pontificado ; y la conquista de Argel, que destruía la madriguera de piratas donde durante tantos siglos habian gemido millares de víctimas cristianas , dulcificó en sus últimos momentos el dolor que le causó el espíritu de rebelion que estallaba por todas partes.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XVI (2 de febrero de 1831-1.º de junio de 1846).

39. El 2 de febrero de 1831, el cardenal Albani , desde la galería que domina la gran puerta del Quirinal , proclamó ante

un inmenso auditorio el nombre del nuevo pontífice : « Yo os » anuncio un gran júbilo ; tenemos por papa al eminentísimo » Mauro , cardenal Capellari , que ha tomado el nombre de » Gregorio XVI. » El momento era crítico. A la muerte de Pío VIII, la Europa estaba profundamente conmovida por la revolución de julio. Francia es como el corazón del mundo : cada uno de sus latidos tiene eco hasta las extremidades del universo : es el termómetro político de las naciones. La Italia, partida en tantas soberanías diversas ; aquejada por las sociedades secretas , y especialmente por la de los *Carbonarios* , la Italia, que no ha conservado sino el recuerdo de sus antiguas glorias entre vergonzosas flaquezas de sus caracteres enervados , se agitaba al soplo del liberalismo francés. La rebelión se extendía ya desde Bolonia hasta las mismas puertas de Roma. Pero la tempestad se calmó bajo la mano del sucesor de san Pedro : un gozo universal saludó el advenimiento de Gregorio XVI, que señaló el principio de su pontificado con actos de beneficencia y de firmeza. « Lo que nos anima , decia en la encíclica publicada tres días despues de su coronacion , es el » pensamiento de que el Padre celestial no permitirá que las pruebas que nos envia excedan á nuestras fuerzas. » Con el auxilio del Austria comprimó la rebelion de los Estados pontificios. Si mucho le costó á Gregorio XVI el recurrir á estos medios tan penosos , su corazón paternal no padecía menos en ver estallar en otras partes la anarquía y el desorden : y por este motivo trató de preservar á los arzobispos de la Polonia y de la Bélgica contra toda participacion directa en los negocios políticos , recordándoles su ministerio de paz y los deberes impuestos para con sus soberanos. El liberalismo desencadenó vanamente toda su cólera, todos sus rayos contra un soberano pontífice que osaba proclamar en pleno siglo décimonono el principio de san Pablo de que « toda potestad viene de Dios. » El abuso del poder temporal, en la Polonia, fué magnífico pretexto para las recriminaciones de los enemigos de la Iglesia. Se decia sin rebozo en los parlamentos, en los periódicos, en los folletos, que ya se habian perdido la dignidad y gran-

deza papales. Gregorio XVI dejó fallidas tan injustas previsiones. En la circular del 15 de agosto de 1832, dirigida á todos los obispos de la catolicidad, al propio tiempo que se declaraba adversario del falso y peligroso espíritu de innovacion , protestó públicamente estar firmemente resuelto á conservar y mantener las antiguas tradiciones apostólicas.

40. Apenas restablecida la tranquilidad en los Estados pontificios, reformó el papa con la mayor energía antiguos abusos, y tomó medidas para precaver otros en lo sucesivo. Fueron reorganizadas las universidades, cerradas durante la revolucion ; se realizaron economías importantes en todos los ramos de la administracion ; fueron destituidos muchos altos funcionarios por causa de infidelidad ú opresion ; los gastos públicos, desde 1817, así como las cuentas de entrada y salida, fueron sometidos á una comision de revista para examinarlo todo escrupulosamente y verificar la legalidad ó ilegalidad de los privilegios, pensiones y subsidios otorgados hasta entonces ; se promulgó nueva coleccion de leyes ; se sometió un nuevo código penal al exámen de todos los presidentes de tribunales ; se propuso á los diputados enviados de todos los Estados pontificios un reparto mas igual de la contribucion de inmuebles ; se establecieron tribunales de comercio en Roma, en las capitales de provincia y puertos de mar ; se mandó componer exclusivamente de jueces seculares los tribunales criminales y la cámara de apelaciones ; se aplico justicia severa á todos sin distincion ; se fundó el museo Etrusco en el Vaticano ; y se reedificó la basílica de San Pablo de las ruinas causadas por el incendio del 15 de julio de 1823. Tales fueron en resumen los principales trabajos interiores del pontificado de Gregorio XVI. A pesar de tanta multiplicidad de negocios, el papa seguía viviendo como un simple religioso Camaldulense, á cuya orden pertenecía , durmiendo en tierra, comiendo poco, alargando sus veladas, trabajando mucho y orando siempre. Se rodeaba de los hombres mas eminentes de su época ; nombró su secretario de Estado al sabio cardenal Lambruschini ; restableció, despues de once años de interrupcion, la nunciatura de Francia

en favor de un prelado muy amado de todos los católicos, cuyos eminentes servicios recompensó mas tarde con la púrpura romana, y cuya pérdida reciente ha sido un duelo universal, Monseñor Fornari : hizo entrar en el sacro colegio al sabio Angelo Mai y al filólogo Mezzofanti, [ambos á dos muertos recientemente. La pérdida del primero ha sido muy sensible para la literatura, ora eclesiástica, ora profana. Angelo Mai era laboriosísimo, muy humilde y accesible á todos los eruditos].

41. Sin embargo en Francia los mas fogosos revolucionarios no disimulaban su pensamiento y deseo de acabar con el culto católico : los nuevos políticos que dirigian el poder querian poner un dique á la anarquía, dando por otra parte prendas á la revolucion. Los primeros actos de Luis Felipe tenian esta doble tendencia. La iglesia de Santa Genoveva fué quitada al culto y transformada en templo pagano, dándosele el nombre pagano de *Panteon*; la carta modificada no reconocia la religion católica como religion del Estado, sino la de la mayoría de los Franceses. Luis Felipe habia exigido imperiosamente el juramento del clero y las preces públicas. Monseñor de Quelen habia sido uno de los primeros en dar ejemplo de sumision oficial, aunque sus simpatías y corazon estaban y quedaban fieles á otra causa. Muy bien lo sabia Gregorio XVI; admiraba tan nobles sentimientos, y mas de una vez consolaba con la mayor efusion el alma del prelado. Entretanto continuaban las violencias impías de París; fué saqueada y horriblemente profanada la iglesia de San German de Auxerre; saqueado y totalmente destruido el arzobispado (enero de 1832).

42. Monseñor de Quelen, obligado á ocultarse en casa de amigos fieles para sustraerse á la persecucion, vivió como un proscrito en medio de su diócesis. Pero la mano de Dios, mas fuerte que los odios de los hombres, iba muy pronto á hacer manifestacion de su poder. Un azote hasta entonces desconocido en Europa, la peste de los tiempos modernos, la misma quizás de los tiempos pasados, de la cual solo habrán mudado el nombre, el cólera, despues de haber traspasado los límites

del Asia y hecho estragos en la Alemania, llegó á las puertas de la Francia esparciendo por do quiera el terror. De repente, las aprehensiones son realidades : ¡el cólera está en París! llénanse los hospitales; ábrense nuevos y no bastan; se improvisan por todas partes infinitos, y aun no pueden albergar á todos los atacados. Cesan todos los negocios; se alteran y disminuyen los mejores sentimientos; cada familia se aísla en su aposento; el niño muere al lado de su madre, que sucumbe una hora despues; los esposos espiran á pocos instantes uno de otro; el sabio se ve atacado en su gabinete, como el artesano en su taller; el rico lo es en sus aposentos suntuosos, como el pobre en su boardilla. En un solo dia, el 10 de abril de 1832, se registraron en los documentos oficiales mil y ochocientos muertos de toda edad y condicion. Se diria llegaban los funerales de todo un gran pueblo. Belzunce del siglo XIX, Monseñor de Quelen, sale de su retiro al llamamiento del azote, que fué para él la voz de Dios. Preséntase mas majestuoso que en tiempo de su prosperidad, mas sereno que los dias de paz: no teme calumnias ni amenazas; no le arredra la guadaña de la muerte, que corta el hilo de la vida de un inocente como el de un criminal, que hiere sin distincion de edad ni de situacion: se presenta en los hospitales, á donde acuden moribundos de todas partes; visita las salas y cuadras atestadas de muertos y moribundos, donde cada minuto oye un último suspiro. A su vista todos se conmueven y lloran de ternura. A la cabecera de los padres y madres que le encomendaban sus hijos huérfanos entre las convulsiones de la agonía, apretando las manos yertas de los desgraciados coléricos y recibiendo su último aliento, Monseñor de Quelen promete ser padre de tantos huérfanos. El 28 de diciembre de 1832 aparece por la primera vez en público despues del saqueo y demolicion del arzobispado. La iglesia de San Roque, donde habia de predicar el heróico prelado, se llenó toda de gente desde muy de mañana, quedándose estacionando otra tanta y mas en los alrededores de dicha parroquia. Al aparecer el prelado en el púlpito, todos miran con ansia aquel rostro venerable, pálido de dolor, envejecido por los padecimien-

tos, pero sereno y majestuoso. Fué tan profunda la emocion, que el auditorio entero prorumpió en sollozos, y el mismo prelado no pudo contener los suyos. Su voz, entrecortada en un principio, se fué asegurando poco á poco y se animó en fin sin perder nada de su unción. No salió de su boca una sola palabra de amargura y de queja: como san Vicente de Paul, iba á abogar por los pobres huérfanos, y no habló sino de ellos. Cuando hubo bajado del púlpito el santo arzobispo, toda aquella muchedumbre, conmovida y anhelante, se arrodillaba á su paso pidiéndole sus bendiciones. Ochenta mil francos, frutos de la limosna recogida, fueron entregados en manos del prelado en la tarde misma en que predicó, é inauguraron la *Obra pia de los huérfanos del cólera*, que recibió mas de un millon para socorrer aquellos desgraciados.

43. Sin embargo, el cólera no interrumpió sino por un instante el curso de las malas doctrinas. Se ha dicho que el gobierno no favorecia su propagacion, pero al menos la toleraba, ó mas bien, entregado á todas las vicisitudes de la mayoría política, tenia harto que hacer con proveerse de ministros complacientes para quedarse ó retirarse segun el viento que corria en las cámaras ó en las Tullerías. Salido de una revolucion, el nuevo poder se mantenía á fuerza de maña, lisonjeando todas las pasiones revolucionarias, pero reprimiendo los motines, libertándose de asesinos políticos, pero dominando á unos hombres con otros hombres, y comenzando sin fin ese trabajo de Sisifo, al que parecen condenados los gobiernos parlamentarios. Vivir en medio de tantos elementos de ruina, era ya una obra maestra de política. El sansimonianismo, el furierismo, el falansterianismo, el culto nacional de un clérigo apóstata, el abate Chatel, seducian á su turno los espíritus y atraían sobre sus autores los rayos de la Iglesia. Pero los desafortados gritos de la prensa liberal impedían que el pueblo oyese la voz del sucesor de san Pedro, en otro tiempo tan respetada. Los mas groseros instintos del materialismo, protegidos por ministros incrédulos, y representados hasta en las aldeas y caseríos por los mismos que el poder ponía de prefe-

rencia al frente de los ayuntamientos, invadieron toda la nacion como una lepra incurable. Sin embargo, en cierta ocasion hubo silencio para escuchar al vicario de Jesucristo, y fué cuando levantó su voz para condenar al señor de Lamennais. Entonces se inclinaron y obedecieron treinta y tres millones de católicos franceses; pero el hombre que con su docilidad podia colocar para siempre jamás su nombre al lado del inmortal Fenelon, respondió á esta tan merecida condenacion con el escándalo de las *Palabras de un creyente*, cuyas páginas incendiarias leyó con avidez la Europa anticatólica.

44. Los gobiernos de Alemania no eran mas favorables á la religion. Pio VII habia prohibido á los obispos de la Prusia renana (del Rhin) celebrar matrimonios mixtos, á menos de ciertas condiciones expresamente señaladas. Gregorio XVI renovó esta prohibicion. El rey de Prusia, Federico Guillermo III, insistió para con los obispos que continuasen como antes: se rehusaron los obispos, y el 20 de noviembre de 1837, Monseñor Augusto Droste-Wischering, arzobispo de Colonia, fué arrestado como un reo por la fuerza armada y encarcelado en una fortaleza. Su cautiverio hizo inmensa sensacion; y fué cabalmente un medio providencial para la salvacion de la Iglesia católica en Alemania. Mas tarde se mostró tanto ó mas intolerante la Suiza, y se persiguió abiertamente á Monseñor Marilley, obispo de Lausana y de Ginebra. Acontecieron entonces en Francia las famosas luchas del monopolio universitario, la libertad de la enseñanza, y la de los concilios. Monseñor de Quelen habia muerto y sido llorado de toda la Francia en 1840. El poder creyó que podria contar con un nuevo prelado que le debiese su eleccion. Pero se engañó. Monseñor Alfre subió á la silla metropolitana de París, á la que habia de ilustrar un dia con glorioso martirio [de caridad]. Las últimas palabras que dirigió á Luis Felipe fueron estas: « Arzobispo, le dijo el » rey agriamente, sabed que se ha quitado mas de una mitra. » — Es verdad, señor; pero Dios conserve el trono de Vuestra » Majestad, porque se han visto tambien caer tronos. » La trágica muerte de su heredero el duque de Orleans, los tan

multiplicados atentados contra su persona, la agitacion periódica de la Francia en las nuevas elecciones, los síntomas de descontento que se notaban cada instante con insurrecciones parciales, la corrupcion que subia hasta las gradas del trono y que entregaba á uno de sus ministros al menosprecio de la opinion, nada, nada habia hecho aprender á Luis Felipe. Tenia que caer, como se habia elevado, entre las barricadas.

45. Sin embargo, al lado de estos signos precursores de la tormenta, la Iglesia tenia sus consuelos y glorias. La obra admirable de la Propagacion de la fe, salida de un corazon noble y piadoso, enviaba misioneros á las mas lejanas comarcas del mundo. La archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias multiplicaba milagros y conversiones logradas por intercesion de la Madre de las misericordias; el clero de Francia era admiracion del mundo por su ciencia, celo y piedad: séanos permitido inscribir aquí los nombres tan caros á nuestro reconocimiento y venerados del universo católico, de Monseñor Gousset, arzobispo de Reims, y de Monseñor Parisis, entonces obispo de Langres. El púlpito de la catedral de París estaba ocupado por los dos príncipes de la elocuencia sagrada, el P. Ravignan y el P. Lacordaire. La tribuna católica tenia al conde de Montalembert; y la ciencia histórica, traída por los señores Thierry y Guizot, y tal vez á su despecho, á tendencias menos hostiles al catolicismo, rehabilitaba los nombres de san Gregorio VII, Inocencio III y san Pio V. Tales eran los diversos elementos en disolucion en la sociedad europea cuando el papa Gregorio XVI murió, el 1.º de junio de 1846. Se habia granjeado nombre inmortal en la historia por la firmeza, constancia y sabiduría que habia desplegado en medio de las borrascas. Quince dias despues, en 16 de junio de 1846, el cardenal Mastai-Ferreti, obispo de Imola, subia al trono de san Pedro bajo el glorioso nombre de Pio IX, en medio de los cánticos de júbilo é himnos de triunfo de Italia y del mundo entero. Heredero del nombre de Pio VI y de Pio VII, como ellos ha triunfado de la tempestad; y es, como ellos, venerado y bendecido de todos.

46. Hemos presentado el cuadro completo de las diversas fases que ha atravesado la Iglesia durante diez y ocho siglos. La religion, hija del cielo, noble auxiliadora de las sociedades, madre de la civilizacion, protectora de las ciencias, bienhechora del género humano, se ha conservado pura é intacta, en tanto que todo se ha renovado en torno de ella. Se destruyó el imperio romano; han sido dispersados los Judíos por toda la faz del mundo; el paganismo desapareció de Europa; la Iglesia está siempre de pié, asistiendo á los funerales de las naciones, elevando su majestuosa frente en medio de revoluciones y de ruinas. ¿En qué paró el arrianismo? ¿Dónde están los Nestorianos, Eutiquianos, Monotelitas, Pelagianos y Maniqueos? ¿En qué ha venido á parar ese enjambre de herejes, que la han atacado tan frecuentemente? Sus nombres viven aun en los recuerdos de la historia; pero sus obras han perecido: frutos de las pasiones y de la mentira, el tiempo los ha dispersado; y esta Iglesia romana, cuya gloria trataron de oscurecer, y aun cuyo nombre usurparon á veces, les ha sobrevivido: ha vencido sus conatos; se rie de sus amenazas é impotentes tentativas: porque está fundada en la roca indestructible contra la cual no prevalecerán jamás las fuerzas del infierno.